

Cuadernos del Sur

AÑO 11 - Nº 20

Diciembre de 1995

Entre Babel y la ciudad futura*

Adolfo Gilly

1

La torre de Babel fue, como nos lo recuerda Umberto Eco¹, una metáfora cara a los iluministas, un símbolo del empeño de los seres humanos unidos en un solo pueblo y una sola lengua por edificar una torre que llegara al cielo. En 1919, en la floración primera de la revolución rusa, el escultor V. Tatlin hizo un proyecto de monumento a la torre de Babel, una aérea estructura inclinada que parece tender al cielo por sí sola.

En 1990, el papa Juan Pablo II visitó Checoslovaquia, declaró al socialismo "una utopía trágica" y dijo que "estamos ante las ruinas de una de las tantas torres de Babel de la historia". El Sumo Pontífice seguramente recordaba lo que está escrito en el *Génesis*, XI:

Y descendió el Señor a ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Adán, y dijo: he aquí, el pueblo es uno solo, y todos tienen el mismo lenguaje; y han empezado esta fábrica, ni desistirán de sus ideas, hasta llevarlas a cabo. Ea, pues, descendamos, y confundamos allí mismo su lengua, de manera que el uno no entienda el habla del otro.

Y sembró la confusión de las lenguas, que desde entonces se llama Babel, y la división y dispersión de los seres humanos.

Esta antigua metáfora de la unidad, la organización, la rebelión y la dominación puede simbolizar también la empresa del capital a lo largo de su existencia contra los seres humanos, sus comunidades y sus solidaridades. Esa empresa se repite una vez más en nuestros días con saña, determinación y recursos sin precedentes. El sumo sacerdote del Vaticano sabía perfectamente de qué hablaba en su lenguaje apocalíptico y preciso.

2

Estamos, en efecto, ante una nueva época de la expansión mundial del

*Publicado en *Viento del Sur* N°2, julio 1994, México.

capital cuya tendencia más general, desde la década de los años 80, ha sido la propia *reestructuración* económica y la *desestructuración* social paralela de las formas de organización del trabajo en la producción y en la sociedad.

Uno de los rasgos determinantes de esta nueva época es la penetración del capital en zonas completamente nuevas para él, como las tierras del antiguo imperio de los zares o las de la inmensa China continental. Y estamos sólo en los prolegómenos de este proceso.

El otro es, por supuesto, la revolución tecnológica y científica y los prodigiosos cambios introducidos en los procesos de trabajo, los intercambios, el comercio, las finanzas, la movilidad del capital, las comunicaciones, la guerra, los modos de dominación, las formas de control y la totalidad de las condiciones de la vida cotidiana de los seres humanos. También aquí apenas estamos en los inicios de una transformación cuyos horizontes parecerían no tener límites, a pesar de los desastres que esta expansión provoca y anuncia para la naturaleza y para la mayoría de la población del planeta.

La *fragmentación* del trabajo en todas sus formas (urbanas, rurales y domésticas) y la dispersión de todas las formas de organización independientes y autónomas del capital es el destino que éste, y sus diversos ideólogos, administradores y políticos, quiere imponer como la norma generalizada. Esta fragmentación es la contrapartida de la *globalización* de la economía bajo la égida del capital financiero transnacional y de sus porciones nacionales, y de la inédita concentración del poder -primero económico, y en consecuencia militar y político- en grupos sumamente reducidos y en sus estados mayores del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

En estos años de la reestructuración capitalista se han establecido nuevas *relaciones de poder*, mediadas y encubiertas por el mercado. Ha tenido lugar una *desvalorización global de la fuerza de trabajo*, país por país y a escala mundial, una *destrucción de capitales* (marginales o nacionales) y una nueva *acumulación y concentración* de capital, con nuevas *relaciones de poder* en cada sociedad nacional y nuevas *jerarquías* entre las naciones.

Paralelamente, han sido destruidos o desestructurados los viejos pactos sociales, se han adelgazado o desvanecido los derechos en que se encarnaban y han perdido fuerza, número y capacidad de negociación las organizaciones que los defendían.

País por país, en el centro del sistema y en la periferia, una quintuple ofensiva fragmentadora se ha abierto paso: 1) *laboral*, contra los pactos

contractuales (contratos colectivos de trabajo); 2) *jurídica*, contra la legislación y los derechos sociales y con las nuevas disposiciones de control; 3) *política*, contra los partidos y organizaciones democráticas de izquierda; 4) *organizativa*, contra los sindicatos y las organizaciones del trabajo en las empresas y en el territorio (incluyendo la dispersión de los antiguos barrios obreros); 5) *ideológica*, presentando el hundimiento de los Estados burocráticos colectivistas como la ruina de la idea de socialismo y ofreciendo un solo horizonte posible y pensable, el de la sociedad del capital y de sus relaciones mercantiles.

La fragmentación electrónica de las relaciones colectivas y de las conciencias comunitarias en unidades individuales; la sustitución de la política de plazas, calles, lugares de trabajo o mercados populares por la soledad de cada uno frente al televisor; la supresión del intercambio y la discusión por el mensaje unidireccional del poder y el capital que penetra en cada casa; y la consiguiente reorganización ideal y espiritual del ámbito familiar, es el complemento de una empresa de dominación que, por su sofisticación y capacidad de penetración, supera de lejos a la propaganda ideológica primitiva y obsesiva -y por lo tanto más identificable y resistible- de los ineficientes y corruptos Estados burocrático-colectivistas ahora desaparecidos.

3

Junto con la destrucción y fragmentación de aquellos regímenes en unidades separadas y en conflicto entre sí, la ofensiva generalizada del capital ha adelgazado o vaciado de contenido a las diferentes formas de *Welfare State* o Estado social, donde las garantías jurídicas y contractuales relativas concedidas a ciertos derechos sociales para todos los ciudadanos: educación, ingreso, salud, empleo, eran el sustento de la posibilidad del ejercicio efectivo de los derechos políticos democráticos. Esos derechos legales son transformados en servicios pagados y el debilitamiento extremo de las organizaciones sociales que los defendían es a la vez la causa y resultado de ese retroceso general hacia lo privado.

Esas parejas perversas de globalización y fragmentación; de posesión y desposesión; de sociedades de dos velocidades: los incluidos y los excluidos; de concentración de conocimientos prodigiosos en un extremo y de su privación total en el otro; de alta cultura humana en los centros del poder y del dinero y de deshumanización de la vida de segmentos sociales y de países enteros; de clases, países y grupos dominantes por un lado y clases peligrosas por el otro, son la forma social en que se presenta la nueva

dominación universal del capital.

La concentración nacional e internacional del poder y de la desposesión; la fragmentación de las naciones y el resurgir de los nacionalismos autoritarios y tribales cuando el mercado y la democracia prometían unificar al mundo; las guerras locales y los mortíferos tráfico ilegal de las grandes transnacionales de la droga y de las armas; la destrucción de la racionalidad postulada por el iluminismo en los albores de la era mundial del capital; las migraciones miserables y masivas impuestas por los azares del mercado de trabajo y de los conflictos armados; la aparición de países, regiones y poblaciones enteras prescindibles y abandonadas a sus desastres; el hambre y el retorno de las pestes bíblicas; la contaminación y la degradación de la naturaleza y la destrucción de más y más formas de vida en el planeta; la destrucción de los antiguos lazos, costumbres y solidaridades sin que sean reemplazados por otros nuevos, como en los proyectos del socialismo y de otros ideales de trabajo, sino por la soledad individual, el desamparo material y espiritual y la guerra de todos contra todos: este es el panorama cruel que nos ofrece la dominación contemporánea y sin disputa del capital.

4

La fragmentación del trabajo, tendencia constante del capital en cada una de sus sucesivas épocas de expansión mediadas por las crisis, toma formas igualmente perversas en la reestructuración capitalista que arrastra a toda América Latina. También aquí, el trabajo asalariado (y dependiente en general) se transforma más y más en *trabajo precario, flexible, segmentado, transnacionalizado y migrante*.

Y esta fragmentación, desposesión y desvalorización de la fuerza de trabajo (urbana y rural) en América Latina y en los países subordinados en general, es utilizada como poderoso instrumento de presión contra los trabajadores de Estados Unidos (y de otras economías centrales), para obligarlos a hacer *concesiones* al capital en esos mismos terrenos, para *desvalorizar* su fuerza de trabajo y para *quebrar su resistencia* en la ofensiva generalizada de capital contra el trabajo que es el rasgo central de la reestructuración y la globalización.

En este contexto el Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, México y Canadá debe verse, por encima de todo, como una doble operación histórica: por un lado, como una operación geopolítica, para extender y consolidar la *American fortress* entre Alaska y el canal de Panamá y establecer un nuevo modo de dominación pactado sobre toda América La-

tina; por otro lado, como el asalto más grande del capital en lo que va del presente siglo contra el trabajo estadounidense y sus conquistas.

De este modo, mientras esta nueva forma de dominación —que viene a sustituir a las sucesivas precedentes como el *New Deal* y la doctrina de la seguridad nacional— conduce a una nueva fragmentación y división entre las naciones latinoamericanas, es presentada en cambio como la realización moderna de la aspiración histórica de su unidad, pero a través del moderno mercado del capital trasnacional, un mercado que excluye a segmentos enteros y mayoritarios de la población de cada país. De este modo, las utopías continentales de Hidalgo, Bolívar, Martí y Mariátegui vendrían a materializarse en su negación: la iniciativa de las Américas de George Bush.

Uno de los aspectos más dramáticos de esta tendencia es que México, el país que ha sido siempre frontera y baluarte latinoamericano frente a las presiones hegemónicas de Estados Unidos, aparece ahora como la punta de la lanza y el modelo ejemplar de esta nueva dominación. Es incalculable el daño que esta reversión de la imagen mexicana, si no es contenida, puede causar a la conciencia y a las esperanzas profundas de la comunidad de naciones latinoamericanas. La sutil perversidad del proceso aspira a poner hoy a la reversión mexicana y a la deseada destrucción de Cuba como contraejemplos para toda América Latina de los infortunios a los que lleva la autonomía y de las prosperidades a las que conduce la sumisión (o, en las palabras del marqués de Sade, *les prosperités du vice et les infortunes de la vertu*).

5

Uno tras otro fueron cayendo, en los países de América Latina, los anteriores pactos sociales y las líneas de defensa de los trabajadores. En aquellos países donde la organización del trabajo había establecido fuertes líneas de resistencia, las dictaduras militares hicieron la primera obra gruesa en esta destrucción, hasta que agotaron sus posibilidades de eficiencia y también de supervivencia.

Pero la caída de esas dictaduras y el restablecimiento de regímenes políticos republicanos no condujo al restablecimiento de las conquistas sociales garantizadas en las leyes ni a una contención de la ofensiva fragmentadora del capital, ahora afirmada políticamente en los gobiernos neoliberales. Por importante que haya sido la recuperación de las instituciones republicanas -aún retaceadas o bajo tutela, como sucede en casi todos los países-, esta forma de la democracia política no resultó suficiente para

contener y revertir aquella múltiple ofensiva, sino que terminó siendo el marco jurídico y económico en que ella no sólo prosiguió su marcha sino que buscó su legitimación.

Esta legitimación es igualmente perversa porque contribuye a presentar al universo del capital globalizado y del trabajo fragmentado como el único racional y posible, en un mundo donde el gran poder parece *despersonalizarse* porque los grandes centros de decisión se trasladan a instituciones internacionales y donde la gran propiedad parece *desmaterializarse* porque sus mayores concentraciones se presentan como el capital financiero registrado en las pulsaciones electrónicas de las pantallas de las bolsas de Tokio, Nueva York, Londres, Amsterdam o México.

Si esta legitimación supuestamente democrática, en un continente donde en cada república el poder se asienta sobre una infinita dosis de violencia de todo tipo ejercida cada hora del día contra la mayoría desposeída de la población, tiene cierta aceptación, es porque además la organización mercantil-capitalista de la sociedad se presenta como la única *portadora de sentido*.

En otras palabras: los ideales socialistas como proyecto alternativo de sociedad y sus múltiples formas de organización, contruidos socialmente en nuestros países desde el último cuarto del siglo pasado y herederos de antiguas utopías agrarias y religiosas arraigadas en las tradiciones campesinas de nuestros pueblos, eran los que en forma directa o mediada daban sentido trascendente a las innumerables luchas inmediatas, sociales, políticas, económicas, locales, regionales o nacionales en nuestros países. El socialismo en sus diversas variantes aparecía como una cultura diferente y como *transmisor de sentido universal* a movimientos de construcción estatal, de recuperación y afirmación cultural o étnica, de reivindicación social, aunque muchos de sus participantes o los movimientos mismos no fueran socialistas.

El ideal socialista era un universal antagónico al universalismo mercantil del capital, un sentido de la vida opuesto al ofrecido por la riqueza y el poder, una mística sustitutiva o heredera de la mística religiosa como inspiradora y depositaria de valores humanos universales.

El ideal socialista, heredero del liberalismo radical, se construyó en las conciencias a través del trabajo, la experiencia y las luchas, como la mítica torre de Babel. Lo mismo que ésta, había conquistado una lengua única que identificaba y reagrupaba bajo una sola bandera y una empresa común a los dominados y los explotados. Era, como Babel, el proyecto de construir una ciudad perfecta y una torre que tocara el cielo. Ese ideal daba

sentido a movimientos sindicales, sociales, cooperativos más limitados, cuyos integrantes tal vez no lo compartían en su totalidad pero de él recibían inspiración y seguridades. El golpe más concentrado del capital fue destruir esa torre ideal y con ella la ciudad independiente del trabajo, dispersando en infinitos individuos segmentados e incomunicados entre sí la lengua única que era el vínculo de su comunidad y de su identidad.

La desvalorización e incluso la quiebra del socialismo como ideal y como visión universal alternativa y portadora de sentido y de valores ha privado a esos movimientos de toda visión que trascienda el horizonte de la sociedad del capital. De este modo, los dominados no sólo han sido fragmentados, sino que se han visto privados de la posibilidad de reagruparse en torno a otra bandera y otra identidad política que no sea, en apariencia, la misma de sus dominadores: la democracia representativa. Esa democracia, sin embargo, pese a que fue reconquistada por las luchas de nuestras sociedades, se confunde hoy y, en todos nuestros países, con el proyecto económico neoliberal.

Negar la importancia de esta reconquista sería absurdo: es obra nuestra, no del capital, sus planes y sus poderes. Aceptarla en su forma actual como horizonte único y último sería subordinarse a la fragmentación de nuestras sociedades a la cual tiende la nueva dominación del capital. Plantear hoy una forma política alternativa aparecería como una pura construcción del espíritu, de esas que no llegan ni a rasguñar la realidad; o como una aventura sin fundamento teórico ni práctico, de esas que sólo engendran desaliento y dispersión. ¿Entonces?

6

No comparto la idea de quienes hablan del fracaso de las políticas neoliberales. Si se las toma como una respuesta a las necesidades de la población, entonces sí sus resultados son fallidos. Pero si se las considera como la forma política de una nueva fase de la expansión capitalista, es forzoso constatar que han tenido éxito, porque esos resultados son precisamente los que se proponían: concentrar las cimas del poder y del dinero en cada uno de nuestros países en una alianza financiera fuera de la nación; desplazar y derrotar a otras fracciones antes dominantes del capital nacional; crear una reducida capa social de sostén que abarca entre un quinto y un tercio de la población; excluir, marginar, fragmentar entre los dos tercios y los cuartos quintos restantes, abandonados a una vida de privaciones, temores y miseria, despojados de anteriores derechos y conquistas y negados en la misma fuente de la dignidad de su existencia.

Esa es la obra de una nueva capa de dirigentes surgida de la fase anterior de la dominación del capital en nuestros países. Su propósito no es la vieja construcción de la nación estructurada sobre la empresa común de su mercado interno y de sus múltiples relaciones culturales y solidarias, sino la nueva construcción de su propio poder transnacionalizado que controla, por los mecanismos heredados de la vieja dominación política, un pedazo, casi indiferente a sus fines, de población y de territorio en el mercado global, y sobre esa base negocia con sus socios mayores internacionales.

Frente a este horizonte, diversas corrientes de la izquierda buscan en estos tiempos un terreno programático común para establecer un lugar programático de encuentro y una política alternativa. Este terreno tiende a ser la reformulación de un proyecto de Estado social o *Welfare State* para estos tiempos, donde los derechos democráticos se sustenten en los derechos sociales garantizados por ley cada ciudadano, y donde el ejercicio de estos últimos derechos den la posibilidad del ejercicio efectivo de los primeros. En otras palabras: no hay democracia política real sin condiciones humanas de existencia; no hay modo de conquistar y defender estas condiciones sin ejercer la democracia política.

Estos *Welfare States* para nuestros países se presentarían no como el resultado de una confrontación abierta sino de un nuevo pacto social, conveniente para todos los participantes y concertado entre todos según los dictados de la razón y de un supuesto interés común de la sociedad entera, una especie de acuerdo de ingeniería política y social sancionado por el voto universal y llevado a cabo por gobiernos democráticos en el poder.

Esta manera de plantear el problema olvida que los *Welfare States* que han existido fueron el resultado de duras confrontaciones entre clases organizadas y que el pacto social alcanzado fue también el resultado de los ataques frontales contra el capital, obligado entonces a ceder y pactar para preservar en nuevas condiciones y con nuevas concesiones a la sociedad una dominación que era severamente cuestionada.

Así sucedió en Estados Unidos con las luchas del CIO, en Francia con el Frente Popular, en México con el cardenismo, en la posguerra con los grandes movimientos de organización de los trabajadores en Italia, en Gran Bretaña, en Alemania y en toda Europa, y la lista podría extenderse².

Plantear así las cosas equivale, como señala Jacques Kergoat en un texto reciente, "a negar que la cuestión del cambio pueda salir del debate de ideas cortesas entre gentes bien educadas para plantearse en términos de relaciones de fuerza y ser conducido por fuerzas sociales bien precisas".

La nueva fase expansiva del capitalismo no es una mera cuestión de

nuevas tecnologías y mayores concentraciones de capital, sino sobre todo una cuestión de una nueva relación de fuerzas entre el capital global y las fuerzas del trabajo y entre sus diversos segmentos nacionales. Es esa relación de fuerzas la que es preciso empezar a revertir en las nuevas condiciones de existencia del capital, estas sí irreversibles al pasado. Es de los nuevos movimientos sociales, engendrados en estas nuevas condiciones en nuestros países latinoamericanos y en el mundo, de donde puede surgir la fuerza para conquistar esa diferente relación. No se trata de ingeniería política, sino de luchas organizadas en la sociedad.

Porque el socialismo, si algún significado tiene esta palabra, no es un plan de Estado o un programa de redistribución gubernativa, sino ante todo y sobre todo la organización autónoma de las fuerzas del trabajo bajo todas sus formas (es decir, del 95 por ciento de la población) con respecto al capital y al Estado. Y es en la resistencia a éstos y en la solidaridad entre sí donde esas fuerzas se organizan en cada situación histórica específica.

Para establecer en un plano actual las premisas de un Estado social, será preciso forzar los acuerdos, como sucedió en el pasado, apuntando más alto y más lejos que el nivel mismo al que finalmente se establezca el pacto social. No se trata aquí de un mercadeo -pedir más para obtener algo-, sino de una puesta en tensión de las fuerzas sociales sin las cuales no hay pacto posible, porque los pactos se hacen entre fuerzas contrapuestas pero no pueden alcanzarla y se ven obligadas a establecer, en consecuencia, determinado equilibrio.

La tarea, entonces, no es la formulación de un programa aceptable desde ya para todos, sino la organización de las fuerzas con un programa propio, general y alternativo. Eso es lo que hizo en el pasado el socialismo, apoyado en el movimiento de los trabajadores y en los múltiples movimientos sociales de cada país y cada momento. En las nuevas condiciones será preciso volver a plantear esa empresa de organización y de civilización, contra quienes, después de las derrotas, aceptan resignarse al orden social existente y proponen una versión moderada de Estado social como un retoque a sus rasgos más siniestros.

7

Frente a la moderna barbarie electrónica y a la tribalización de las sociedades propuestas como horizonte último (y catastrófico) para los seres humanos, los nuevos movimientos en surgimiento o en gestación en todo el continente tendrán que verse llevados, no sólo a resistir como era necesario e inevitable hasta ahora, sino a engendrar por necesidad de supervi-

vencia y de extensión su propio momento de generalización alternativa, la socialización y reunificación de sus demandas, el equivalente programático y cultural de lo que en el pasado hicieron los movimientos socialistas. Sea o no éste el nombre en estos días, no creo que pueda ser otro el contenido, aunque la forma, por necesidad, nada tenga que ver con un artificial programa único para todos los países y sociedades³.

El momento de la nueva generalización no puede ser delegado al Estado ni son su vehículo las estatizaciones de la economía. Lo opuesto a la barbarie del mercado capitalista no es el despotismo del Estado. Es la organización de los seres humanos en la producción de su vida social.

Los movimientos sociales, colocados ahora a la defensiva, han sido desde siempre el terreno donde se opera la acumulación de experiencias y conocimientos sociales para esa organización. La superación de la presente fragmentación tendrá que venir por acumulación y combinación de experiencias y reflexiones en las nuevas formas de la resistencia de la sociedad al capital. Los movimientos sociales y las organizaciones políticas que en ellos aspiran a sustentarse están ante la exigencia de esta nueva generalización.

Es ilusorio —y sin embargo reaparece en las lamentaciones y las condenas contra la perversidad de los neoliberales— querer revivir los viejos pactos o las ideologías estatistas, nacional-populistas o socialistas de Estado que condujeron al desastre. No se trata de salvar lo salvable o de pegar tepalcates. Se trata, como otras veces en la historia de este siglo, de comenzar de nuevo. Contra los efectos inhumanos de la flexibilización, la desvalorización, el desempleo, la precarización, la segmentación y transnacionalización, el trabajo necesita encontrar su nuevo terreno de organización y de lucha. Su fuerza radica en que el capital no puede prescindir de él ni puede dejar de aumentar sus capacidades, antes bien lo engendra y lo multiplica a escala planetaria.

El trabajo en todas sus formas necesita definir un nuevo horizonte y una alianza entre sus fragmentadas fuerzas y las fuerzas afines. Esa alianza tendrá que tomar la forma de un pacto o alianza civilizadora: por un conjunto mínimo de derechos sociales -empleo, ingreso, educación, salud, vivienda, descanso, medio ambiente- y de libertades políticas garantizadas a todos los seres humanos desde el momento de su nacimiento.

En ese plano tan general, tan elemental, y al mismo tiempo tan alto de la defensa de la civilización y la racionalidad, parece hoy ubicarse el punto de convergencia y de generalización de los diversos objetivos particulares de los movimientos sociales y de sus aliados políticos. La organización

para alcanzarlo se desarrolla en la confrontación con la dominación y las políticas del capital, su mercado y sus Estados. Pero su horizonte se coloca más allá de esa dominación devastadora de la naturaleza y de los seres humanos.

Ese horizonte se confunde con el de los ideales seculares del socialismo: justicia y libertad. En él hay una exigencia ética sin la cual esos ideales se vacían de contenido y no pueden trascender los confines de la sociedad tal cual es. Cuando la política de los socialistas deja de lado esa *tensión ética* que la define, se degrada en una de las múltiples políticas reproductoras de esta sociedad o se pervierte en una bastarda dictadura burocrática.

Los movimientos sociales que vuelven a brotar en todos nuestros países no son socialistas. Viven y buscan conquistar posiciones en la sociedad en un proceso incesante de organización-confrontación-negociación con sus antagonistas o interlocutores. Pero para no estar en desventaja, necesitan no estar subordinados al horizonte societal o ideal de éstos. De ahí se desprende el carácter necesario de una proyección política propia de esos movimientos, aunque cada uno mantenga su propia organización y fines.

La consolidación de las frágiles, tuteladas y controladas repúblicas restablecidas en América Latina no puede ser garantizada por las tendencias fragmentadoras y disociadoras propias de la nueva dominación llamada neoliberal. Una nueva versión política de los ideales arraigados en la conciencia y en la historia latinoamericana debe ser por fuerza formulada y asumida por las fuerzas del trabajo: la unidad latinoamericana, la construcción de las naciones, la vida y el gobierno autónomos y extensamente entrelazados de sus comunidades, la expansión y enriquecimiento de sus múltiples culturas, el derecho de todos al trabajo, a la educación y al disfrute, la antigua idea de una patria latinoamericana para todos.

Osando demasiado y organizándonos sobre esa osadía podrá ser posible, dentro de la realidad y con políticas realistas, obligar a quienes hoy dominan a pactar una vez más con el movimiento y las demandas de nuestras sociedades en una nueva forma de Estado social, republicano y democrático, dentro de un marco político y económico que, a diferencia del presente, garantice nuestra vida, nuestra razón y nuestra civilización.

No es bueno resignarse a quedar preso de los mezquinos horizontes sociales y políticos que se nos presentan como el ineluctable castigo divino por nuestras pasadas audacias. Si las antiguas torres fueron destruidas, no fue borrada la experiencia humana que permitió construirlas. Contra lo que piensa el Sumo Pontífice, es hora de volver a unir en una sola nues-

tras lenguas y echar los cimientos, usando incluso algunas viejas piedras, de una nueva, humana y trasparente ciudad futura, con su aún más esbelta torre de Babel. Tal vez la llamen, como a San Gimignano, la ciudad de las hermosas torres y goce, como ella, de un cielo azul y un vino delicado.

México D.F., 1994

NOTAS

1. Umberto Eco, *La ricerca della lingua perfetta*. Bari, Editori Laterza, 1993. 423 ps.

2. Irving Howe, en la introducción a *Essential Works of Socialism*, New Haven, Yale University Press, 1976, anota: "Sería difícil, quizá imposible, decir hasta dónde el *Welfare State* es el resultado de un intento deliberado para estabilizar la sociedad capitalista desde arriba, para poder evitar las rupturas y las crisis revolucionarias, y hasta dónde es la victoria parcialmente alcanzada en las luchas de las masas de seres humanos para satisfacer sus deseos. Contra quienes ven el *Welfare State* simplemente como el resultado de procesos económicos autónomos o como un artificio para mantener, mediante diversiones y concesiones, las formas tradicionales de poder económico es preciso subrayar que el *welfarism* representa, tanto en sus logros como en sus potencialidades, una conquista que ha sido arrancada a través de la lucha por los movimientos obrero, socialista y liberal".

3. Umberto Eco, *op. cit.*, p. 344, anota esta reflexión sobre las lenguas universales: "Es destino de todo proyecto de lengua artificial que, si el "verbo" no se difunde, aquella mantenga su pureza: pero si el "verbo" se afirma, entonces la lengua se vuelve propiedad del conjunto de los prosélitos y, dado que lo mejor es enemigo de lo bueno, se "babeliza". Es también el destino de las religiones, las ideologías y los programas, cuando de la teoría de sus iniciadores pasan a la realidad de las sociedades humanas.

RAZON Y REVOLUCION

Teoría - Historia - Política